

RESEÑA/ REVIEW

Cruz, Manuel (2013), *Amo, luego existo. Los filósofos y el amor*, Buenos Aires, Eudeba, 232 pgs.

El libro de Manuel Cruz aborda la cuestión del amor y no es casual que parta de una variación de la frase cartesiana en donde el amor desplaza al pensamiento. De este modo, está señalando que la experiencia mundana del amor resulta fundamental en los procesos de subjetivación. El amor implica una experiencia intersubjetiva, una forma de interacción, en la que se lleva a cabo un reconocimiento mutuo, donde cada parte destaca lo especial y singular que es la otra, como lo denomina Manuel Cruz, “un reconocimiento a la carta” (2013, 219). En este sentido, el amor constituye “el combustible para la fantasía de que somos distintos (y mejores) a quienes creíamos ser” (Cruz 2013, 219). Así, en la relación amorosa se produce una forma de autoengaño en la que, a pesar de que sabemos que es un espejismo, se reafirma la categoría de sujeto. A su vez, la pasión parece remitir a la experiencia dionisiaca de la disolución del propio yo, pero una disolución que no obstante, ratifica la subjetividad porque amamos a sujetos. El amor se muestra, entonces, como uno de los últimos bastiones de la subjetividad, un reaseguro precario y frágil del sujeto, en un mundo donde la velocidad, la fragmentación y el ritmo de la productividad parecen socavar las bases de las relaciones humanas. De manera que, pensar el amor es también pensar en las formas de subjetivación, sus transformaciones a lo largo de la historia y sus posibilidades en el mundo actual. Por eso, el libro realiza un recorrido histórico que comienza con Platón, pasa por San Agustín y la relación entre Abelardo y Eloísa, para sumergirse a continuación en la modernidad con Spinoza y Nietzsche, y arribar finalmente al siglo XX con la vida y el pensamiento de Sartre y Simon de Beauvoir, de Arendt y de Foucault.

Asimismo, es preciso destacar en relación con la estructura organizativa del libro, de qué manera se plasma esa forma de hacer filosofía que caracteriza a todos los trabajos de Manuel Cruz. Se ocupa de los filósofos mencionados, y de cómo estos han abordado la cuestión del amor pero también de cómo lo han vivenciado, pero no solo desde

una perspectiva histórica, sino que los interpela desde nuestro presente en relación con aquello que todavía pueden aportar para pensar el amor en nuestros días. En este sentido, los capítulos, como él mismo nos advierte en la introducción, comienzan con una presentación de los rasgos del concepto de amor aportados por el pensador o pensadora en cuestión, para luego emprender una reflexión crítica desde una perspectiva contemporánea. Y este movimiento se ve reflejado en la utilización del impersonal de la primera persona del plural, en la primera parte de cada capítulo, y su viraje hacia la primera persona del singular en la segunda parte. Esta modalidad de lectura y de reapropiación de los textos desde la contemporaneidad constituye un ejercicio que resulta estimulante para el lector, puesto que al tender puentes entre la historia del pensamiento y situaciones actuales, abre posibilidades de resignificar y problematizar nuestro presente al tiempo que impulsa a continuar reflexionando.

El libro culmina con un epílogo en el que se refiere al “invento amoroso” para dar cuenta de cómo el amor se ha ido reinventado en cada época adaptándose a los contextos históricos, sociales y culturales. La especificidad de la actualidad en cuestiones del amor remite así, según el autor, a dos cuestiones: las expectativas respecto del vínculo amoroso y la naturaleza atribuida a sus protagonistas.

En nuestros días se impugnan las expectativas tradicionales del vínculo amoroso, desplazando la necesidad de un otro determinado –la media naranja, el amor de mi vida– para dar lugar a la contingencia, es decir, que pueda ser esta persona u otra. Sin embargo, aunque el vínculo no se imponga como necesario, tampoco queda sumido en la mera contingencia, sino que la relación más bien se reviste de necesidad mediante un mecanismo por el cual “nos vamos *cargando de razones*” (Cruz 2013, 218). De manera que no es una mera impugnación de la necesidad, sino un reposicionamiento de una necesidad que se sabe contingente, precaria, que requiere ser cultivada, mantenida, cuidada, alimentada con el paso del tiempo. Esto supone situar temporalmente al amor en su devenir y en su recrearse, de modo que solo puede perdurar lo que cambia, y este perdurar o perpetuarse, como sostiene el autor, hace del amor “la forma humana de ser Dios, la encarnación de una fantasía secular” (Cruz 2013, 227). Por otra parte, en el presente además de las expectativas respecto de la relación amorosa, también ha cambiado radicalmente la naturaleza de sus protagonistas. Así se ha producido un desplazamiento del ideal regulador –tanto de la mujer, como puede presumirse también del varón, aunque el autor solo ejemplifica el estereotipo de la mujer: amante, madre de familia, confidente, etc.–, para

aceptar a los individuos en su complejidad, en sus sombras y claroscuros, asumiendo las dimensiones contradictorias y las ambigüedades que los constituyen.

Pero además de estas transformaciones, Manuel Cruz realiza un diagnóstico acerca de las dificultades del vínculo amoroso en nuestros días, debido a que conlleva a un estado de éxtasis y felicidad que reafirma al individuo en una cierta suficiencia que resulta contraria a las demandas del sistema productivo. Así, el libro deja entrever un lamento por el declive del “genuino amor” (Cruz 2013, 226) bajo las actuales condiciones de vida, pero al mismo tiempo muestra que el amor subsiste y se reinventa incesantemente a pesar de las contrariedades y las resistencias. En relación precisamente con la reinvención del amor, puede plantearse la inquietud de si acaso otra de las transformaciones del amor en nuestros tiempos, no reside en un desplazamiento o más bien una ampliación del amor de pareja hacia otras modalidades del amor, entre ellas la amistad. Para esclarecer esto, puede resultar pertinente traer a colación la disertación doctoral de Hannah Arendt sobre *El concepto de amor en San Agustín*. En este sentido, despierta cierta curiosidad no encontrar mayores referencias a este texto en el capítulo que el autor le dedica a Arendt, pero seguramente se debe al hecho de que allí, la pensadora alemana no aborda el amor de pareja sino otras formas de amor. Sin embargo, la referencia a este libro no se funda en una mera cuestión de exhaustividad académica, sino en el hecho de que puede resultar de relevancia como un intento de resignificación del concepto de amor, orientado a pensarlo de manera más abarcadora y no solamente como la relación afectiva entre dos personas.

Arendt distingue tres conceptos de amor con tres modos de temporalidad propios, de los que se ocupa en cada una de las partes del libro: el amor como anhelo que implica una anticipación del futuro, el amor como relación con el creador que implica remontarse al momento pasado originario de la creación, y el amor al prójimo como forma de relación entre las personas que supone la dimensión temporal del presente. Así este amor transcurre en el presente entendido como la brecha entre lo que ha sido y lo que todavía no es, a lo que Arendt posteriormente se refiere con la expresión “ya no, todavía no”. El amor al prójimo resulta especialmente importante para la vida en sociedad y se encontraría insuficientemente tematizado en la caracterización del *Dasein* heideggeriano. Aunque este señalamiento se encuentra apenas esbozado en las últimas páginas de su libro, el énfasis en la relación con los otros como iguales o prójimos, constituye el punto de partida de su interés por

la política y por pensar una modalidad de amor que puede generar mundo es decir que no sea antipolítica –como el amor entre dos–.

Asimismo, es posible encontrar situaciones del presente que parecen dar cuenta de un movimiento incipiente y vacilante hacia la ampliación del amor. Una de ellas es la extensión de la experiencia típicamente adolescente del grupo de amigos. Algunos pueden verlo como solo eso, pero también puede que se esté resignificando la amistad como una dimensión del amor articulable y gravitante existencialmente como la del amor de pareja. Precisamente llama la atención escuchar que entre las jóvenes, las amigas se dicen “te amo”. Antes solía usarse restringidamente el verbo “amar” para la relación de pareja, mientras que para la familia y los amigos se utilizaba el verbo “querer”. Se podrá objetar que se trata sólo de una variación lingüística, pero también puede ser que esta modificación del juego de lenguaje del amor, implique una práctica determinada, en la que se desplaza el privilegio que otrora detentaba el amor de pareja para dar primacía y visibilidad a nuevas modalidades del amor que rompen con la dualidad, se resisten a institucionalizarse pero se muestran no obstante perdurables y cada vez más gravitantes en la vida de las personas. Tal vez estos pequeños cambios sean indicios de que nos encontramos ante la postrimería del amor tradicional por lo que resulta necesario emprender la tentativa de pensar más allá de los límites y las formas hasta ahora predominantes de entender y practicar el amor. Sin lugar a dudas, el libro de Manuel Cruz constituye un aporte fundamental para esta enorme tarea que tenemos por delante.

ANABELLA DI PEGO

IdIHCS-Universidad Nacional de La Plata

CONICET